

la debilidad y en las que sobresalen los curas y las mujeres, le recordaba las anteriores promesas que le habían hecho pasar por ante sus ojos para llevarle á París. Ahora que Napoleon había añadido tan gloriosas adquisiciones á sus antiguas conquistas, «y puesto que él refería á Dios el éxito feliz de sus armas,» se podía esperar «que él reportaría también á Dios el fruto de sus conquistas» haciendo que de ellas participe la Iglesia. «Vuestra Majestad es ahora el soberano de Venecia. Esta extensión de sus dominios en Italia nos hace concebir la risueña idea de que han llegado los tiempos en que querrá ver á la Iglesia recobrar, en fin, esta parte del patrimonio de San Pedro que la revolución le ha arrebatado.» Razonamiento de una lógica irreprochable, y tanto más hecha para exasperar á Napoleon que él se jactaba de haber aterrorizado á la corte romana que parecía poco turbada de esta gran cólera. Por lo demás, esta respuesta llena de *candor*, según la expresión misma del Papa, pero de un *candor* muy estudiado, no le daba medio para emprenderla contra los que se la dirigían.

Esta vez Napoleon deja de lado todo disimulo y arroja la máscara: «Vuestra Santidad,—responde al Papa,—es soberano de Roma, pero yo soy su emperador. Todos mis enemigos deben serlo suyos. No es, pues, conveniente que agente alguno del rey de Cerdeña, que inglés, ruso, ni sueco resida en Roma ó en vuestros Estados, ni que buque alguno perteneciente á esas potencias entre en vuestros puertos... yo debo cuenta á Dios quien ha querido elegir mi brazo para restablecer la religión. ¿Y cómo puedo yo sin lamentarme verla comprometida con las lentitudes de la corte de Roma? Responderán de ello delante de Dios los que dejan á la Alemania en la anarquía, responderán de ello delante de Dios los que retardan la expedición de las bulas de mis obispos... No es durmiendo como yo he reorganizado la religión en Francia y de tal modo que no hay país en donde haga tanto bien y en donde sea tan respetada.»—13 de Febrero de 1806.

Esas singulares expresiones muestran que Napoleon se consideraba ya como algo más que el soberano del Papa, puesto que parecía que no estaba muy lejos de disputarle hasta su título de vicario de Dios. Más celoso por la religión que el Papa, no se olvidaba de demostrarle la superioridad de los servicios que él había prestado á la divinidad, lo citaba

atrevidamente delante del tribunal de ese juez supremo, y llevaba en sus piadosas *pantalonadas* la imperturbable seguridad que tan buenos resultados le había dado con los ulemas del Cairo. Esta perentoria declaración de principios tuvo por comentario y por complemento una comunicación todavía más precisa y más imperiosa que vino á dictar al cardenal Fesch la regla de conducta que debía seguir en el porvenir. Debía requerir inmediatamente la expulsión de todos los ingleses, rusos y suecos que habitaban en los Estados romanos. «No quiero,—decía Napoleon,—que la curia romana se meta en política... Doy orden al príncipe José de que os ayude con mano firme... decís bien que tengo los ojos abiertos, que no se me engaña sino en la medida de que yo lo quiero, que yo soy Carlomagno su emperador, y que debo por consiguiente ser tratado de la misma manera. Y yo doy á conocer al Papa mis intenciones en pocas palabras, si no asiente á ellas, lo reduciré á la misma condición en que estaba bajo Carlomagno.»—13 de Febrero de 1806.

¿Qué había pasado en suma desde ese viaje á París que Napoleon había conseguido á fuerza de tantas instancias, halagos y promesas? ¿Qué culpas podía, después de todo, reprochar á ese débil viejo que tan duramente trataba después de haberle engañado y exaltado dándole las más falsas esperanzas?

Pío VII había negado la disolución del matrimonio de Jerónimo por escrúpulos que podían no ser sinceros, pero de los cuales era sólo juez su conciencia de sacerdote; había además llevado en la expedición de los negocios eclesiásticos, lentitudes probablemente calculadas, pero que en nada excedían sus derechos de soberano espiritual. No eran, pues, los yerros del Papa los que habían llenado la medida, eran las fuerzas de Napoleon que habían prodigiosamente aumentado. Una herida de amor propio y la batalla de Austerlitz, hé aquí todo lo que se había necesitado para hacer á Napoleon implacable con la corte de Roma. Entre el Estado de opresión á que le reducía hoy y una ruina completa, no había mas que una cuestión de tiempo. Desde el momento en que el Papa rehusaba someterse del todo al modo de ver del emperador, se puede decir que su expulsión de Roma era un hecho ya consumado virtualmente; no quedaba para ponerse en obra más que el modo, el pretexto y la ocasión.



CAPITULO IX

CONFEDERACIÓN DEL RHIN

Luis Bonaparte en Holanda.—Acude al encuentro de Napoleon en Strasburg.—Repulsa de Napoleon.—Característica repugnancia de los hermanos de Napoleon en entrar en sus planes.—Honradez y desinterés de Luis Bonaparte.—Cómo fué hecho rey de Holanda.—Tiranía de Napoleon.—Creación de principados.—Napoleon y Prusia.—Irritación de los prusianos.—Decláranse todos en contra del tratado de Schoenbrun.—Significado moral y político de la adquisición del Hannover.—Enmiendas hechas al tratado por el rey de Prusia.—Su significación.—Muerte de Pitt: 23 de Enero de 1806.—Sucédele Fox.—Esperanzas de Napoleon.—Quiere atraerse á Fox.—Carácter de Fox.—Cambio de política de Napoleon.—Ya no quiere ceder á Prusia el Hannover sino devolverlo á Inglaterra: 4 de Febrero.—Rechaza Napoleon las enmiendas del rey de Prusia.—Hácese más exigente.—Firma Haugwitz el tratado como quiere Napoleon.—Ofensa mortal inferida á Prusia.—Hace insultar Napoleon al jefe del gobierno prusiano.—Calumnias inventadas contra él.—Exige su destitución.—Retirada de Hardenberg.—Prusia cierra sus ríos al comercio inglés.—Apochérase Inglaterra de 400 buques alemanes.—Revela Inglaterra á Prusia las negociaciones con Inglaterra para la retrocesión del Hannover.—Indignación de Prusia.—Cómo entraron en tratos Fox y Napoleon.—Intervención de lord Yarmouth.—Negociaciones con Talleyrand.—Concesiones.—Negativa formal sobre admitir á Rusia en las negociaciones.—Envía Rusia á París á de Oubril para discutir las condiciones de la paz.—Pretende Napoleon renovar con Inglaterra y de Oubril la táctica seguida con Haugwitz.—Se desentiende de lo pactado con Yarmouth.—Rehusa dejar en paz en Sicilia al rey de Nápoles.—Sojuzga Napoleon á de Oubril: 15 á 20 de Julio de 1806.—Revélase su conducta.—Organización de la confederación germánica.—Disgusto de Fox.—Reprende á Yarmouth por su poca energía.—Asóciate lord Landerdale.—Ofrece Napoleon nuevas compensaciones para el rey de Nápoles.—Villanía de su conducta.—Alejandro I rechaza con desprecio el tratado concertado por de Oubril.—Muerte de Fox: 13 de Setiembre de 1806.—Exigencias de Rusia.—Rómpanse las negociaciones.—Prepárase Napoleon para la guerra.—Notifícase á Prusia la constitución de la confederación del Rin.—Renuncia Francisco II la corona de Alemania.—Pretende Napoleon tranquilizar á Prusia.—Instale á que organice la confederación del Norte de Alemania.—Cae Prusia en el lazo.



los grandes feudos de Roma y de Nápoles,—decimos continuando á Lanfrey,—había resuelto Napoleon añadir la Holanda, en donde el gran pensionario Schimmelpenninck no había hecho más que guardar sin saberlo el puesto para un segundo hermano del emperador.

Cuando los anglo-suecos amenazaron la Holanda durante su campaña en Austria, Napoleon envió á su hermano Luis con un ejército que se limitó á tomar posesiones en las fronteras de Westfalia y que se encontró muy pronto disponible á consecuencia

de la batalla de Austerlitz. Luis al saber el paso por Strasburg de Napoleon al dirigirse éste á París bajó á saludarle, pero Napoleon le recibió muy friamente: «¿Por qué,—le dijo,—habéis abandonado la Holanda? ¿Os veían allí con agrado, era necesario que no os movierais!» Luis alegó los rumores que circulaban en ese país de una próxima transformación monárquica: «Esos rumores, no son agradables á esta nación libre y estimable, y tampoco me placen á mí.»

Esta repugnancia de los hermanos de Napoleon

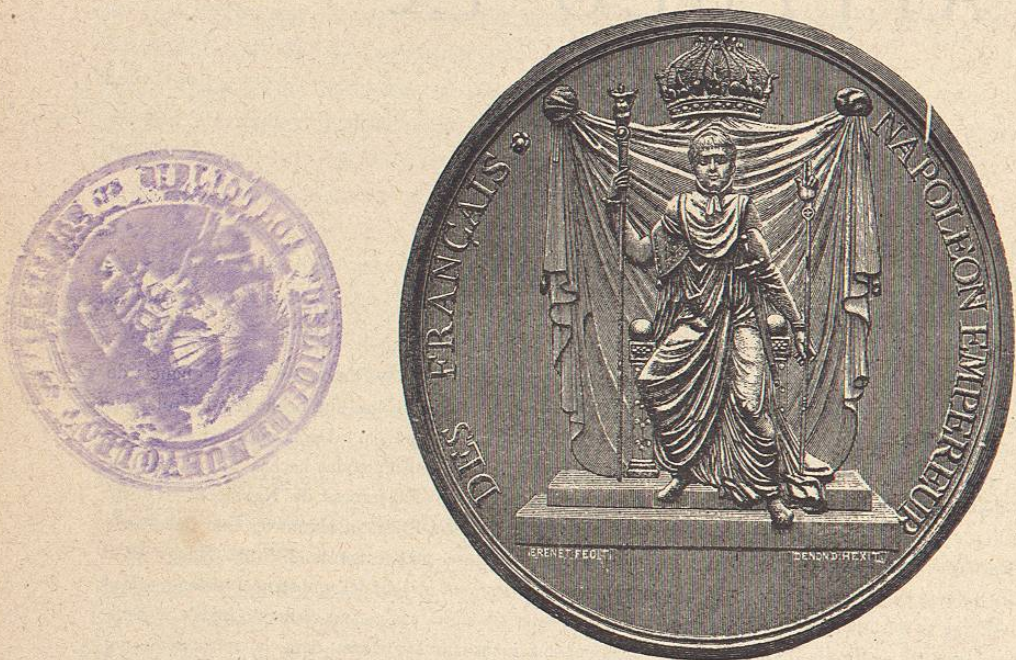
en entrar por su camino es característica, y no puede por otra parte ponerse en duda, bien que se haya falsamente buscado explicar su absurdo sistema de monarquías vasallas por su deseo de contentar su avidez y su ambición.

José había ya rehusado el trono de Italia, alegando, es verdad, una excusa que era mejor un pretexto que un motivo serio, y para decidirle á aceptar el de Nápoles, había sido necesario violentarle.

Luís cuya honradez y desinterés han quedado por encima de toda duda, estaba todavía más lejos de toda pretensión de ese género, pero no fué más

consultado de lo que lo fué José. Ese hecho curioso nos demuestra tan sólo que la utopía de la resurrección Carlovingia pertenece en toda propiedad á Napoleon solo, sino que hace luz entre la opinión que sus hermanos tenían de él, pues entraba en sus escrúpulos por lo menos tanta desconfianza para un amo tan exigente cuanto su recelo para con la fortuna. Pero, como lo escribió el rey Luís, no se trataba de su voluntad, sino de la suya, y era necesario escoger ó entre la expatriación de Luciano y el trono que se le ofrecía.

«Napoleon,—dice ese príncipe en sus *Memorias*,



Sello de Napoleon I de 1804 á 1814.—Anverso

—dió á entender á Luís que si no se le había consultado en este asunto, era porque un súbdito no tenía más que obedecer, Luís reflexionó que podía verse obligado por la fuerza; que queriéndolo en absoluto Napoleon le sucedería lo que le había ocurrido á José, quien, por haberse negado á ser rey de Italia, lo era ahora de Nápoles. Sin embargo, hizo una última tentativa, escribió á su hermano que sentía la necesidad por los hermanos del emperador de alejarse de Francia, pero que le pedía el gobierno de Génova ó del Piamonte.» Napoleon se negó.

Holanda fué todavía menos consultada que Luís: «Señor Talleyrand,—escribíale Napoleon el 14 de Marzo de 1806,—he visto esta tarde al Sr. Verhuell. Hé aquí en dos palabras á que he reducido la cuestión: Holanda está sin poder ejecutivo, y necesita uno; yo le daré al príncipe Luís... En vez de un gran pensionario tendrá un rey... Los argumentos

son que de otra manera yo no haré que se devuelva colonia alguna á la conclusión de la paz... Es necesario que dentro veinte días el príncipe Luís haga su entrada en Amsterdam.»

Hé aquí de una manera precisa á lo que se reducían las pretendidas súplicas de los patriotas holandeses para obtener el rey Luís. La dominación francesa no podía, pues, ser menos que execrada en un país arruinado por nuestras exacciones y por todas las calamidades que le había traído, á su pesar, la guerra contra Inglaterra; en esas circunstancias alegar el ofrecimiento del trono en medio del reconocimiento nacional, era insultar á un desgraciado con la más odiosa comedia. Luís se resignó melancólicamente, y sufrió la corona como una penitencia, pero con un sincero deseo de aliviar los males de sus nuevos súbditos; entre los monarcas de su tiempo se presentaba como una especie de rey de

triste figura, pero aún cuando consternado y turbado por adelantado, á la idea de las tribulaciones que preveía, estaba todavía lejos de sospechar que dura esclavitud encubría ese título de rey que un justo presentimiento le había hecho temer.

Napoleon completó el sistema de grandes feudos con la creación de soberanías inferiores que no tenían otro objeto que suministrar grandes dotaciones á sus parientes y servidores de todo orden, á expensas de los países conquistados y sin que le costasen nada á su tesoro.

Elisa, su hermana, tenía ya Lucca y Piombino,

Eugenio tenía la alta Italia, Paulina Borghese obtuvo el ducado de Guastalla que poco tiempo después vendió á dinero sonante; Berthier obtuvo el principado de Neufchatel que Prusia debía ceder en cambio de Hannover; Murat recibía el ducado de Berg que Baviera cedía; Bernadotte tuvo Ponte-Corvo y Talleyrand el principado de Benevento, dos feudos tomados sobre los dominios que de tiempo inmemorial se disputaban el papado y los reyes de Nápoles. Lebrun fué hecho duque de Plasencia. Los Estados venecianos solos suministraron doce otros feudos, cuyos titulares debían nombrarse más tarde.



Sello de Napoleon I de 1804 á 1814.—Reverso

Esto no era mas que un primer bosquejo de esta vasta jerarquía que debía levantar el esplendor de un grande imperio. Esos dóciles satélites, anunciaban todo un sistema planetario que iba á gravitar muy pronto al rededor del astro imperial, su centro y su foco, pero no debían tener otro brillo que el que recibirían de su creador. Esas nuevas soberanías eran, pues, todavía más dependientes que las fantasmas de monarquía á las que iban á servir de cortejo; en realidad no eran mas que una creación del todo fiscal, pues no delegaban poder alguno; en una palabra, no constituían mas que apanages, ó por decirlo mejor, una expoliación organizada.

Las exacciones francesas sobre los vencidos habían hasta aquí tenido una forma menos ofensiva por lo mismo que era impersonal. Se hacían en nombre y provecho de un gran Estado, y se les podía creer consagradas á intereses generales. Ahora

se ponía á los explotados en presencia de los explotadores; se encargaba á los conquistados que pagasen por sí mismos la conquista, y los súbditos de los nuevos feudatarios no debían conocer á sus amos mas que por las cantidades de dinero que éstos mismos iban á extorcarles, singular manera de hacer durable y popular esta feudalidad burocrática.

La coronación natural de este edificio grandioso era la nueva organización que Napoleon reservaba á la confederación germánica; pero antes de desmascarar su último proyecto más amenazador para la paz europea que ninguno de los que hasta aquí había realizado, quiso encadenar definitivamente á la Prusia forzándola á sufrir el tratado de Schoenbrun, y tantee las probabilidades de un acomodamiento ora con Inglaterra, ora con Rusia, contando, según su costumbre, si sus ofrecimientos eran aceptados por